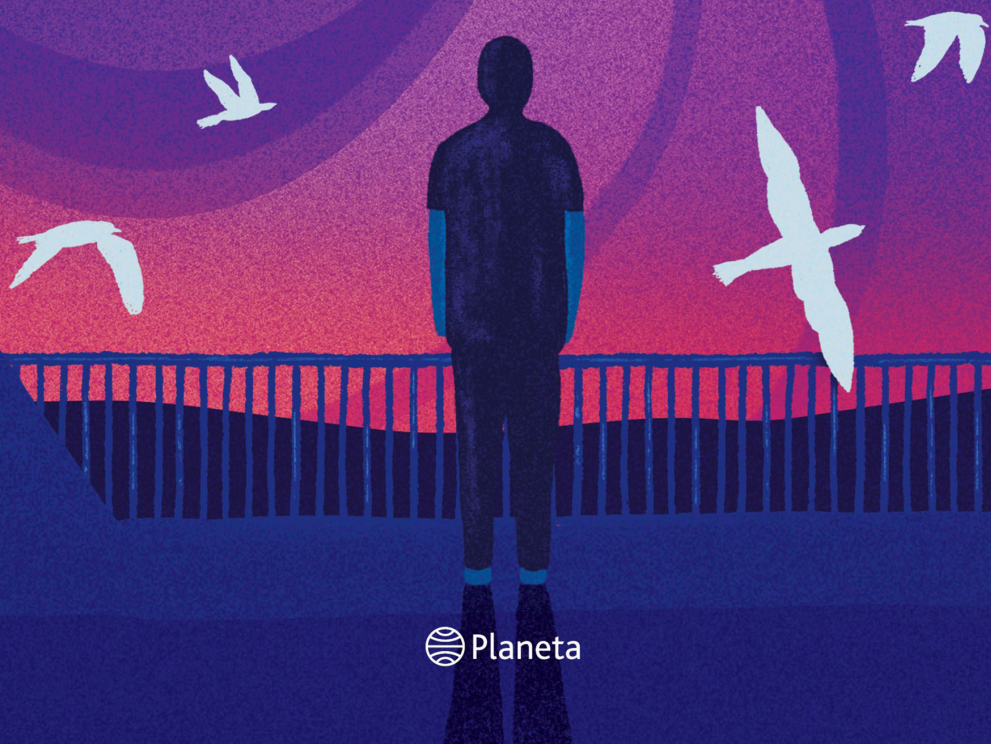


BENITO TAIBO

CUATRO VERANOS

Una novela en la que todo lo que sucede es real,
excepto lo que no lo es



BENITO TAIBO
CUATRO
VERANOS

Verano del 76

La Paz, Baja California Sur, México

Abro los ojos y miro alrededor.

No estoy en mi habitación, en mi casa. Hay un aparato de aire acondicionado en lo alto del cuarto pintado de color *beige*, con una cenefa blanca de madera que lo circunda.

El aparato ronronea con suavidad y lanza una corriente de aire casi fría que no logra mitigar el bochorno que lucha por controlar el espacio.

Por un instante no sé dónde estoy. Hay una cómoda en la que están cuatro libros que de inmediato reconozco como míos, una silla con mi mochila *beige* de batalla, mis tenis blancos en el suelo, mi pantalón de mezclilla mal doblado sobre la cómoda; en resumen: todo es mío. La cama individual tiene una cabecera de madera y percibo en seguida que las sábanas y la almohada son nuevas, huelen a nuevo, tienen esa mínima aspereza característica de la fábrica que se quita a los pocos días de uso o después de un par de lavadas.

Estoy sudando, sobre todo del cuello y del pecho. Me levanto y veo que la luz del día entra por un resquicio de la cortina oscura. Miro el reloj de pulsera negro Timex con correa de plástico y aparentemente sumergible que está en la mesita de noche. Las siete, que confío, sean de la mañana.

—La Paz —digo en voz baja.

No es una metáfora. Estoy en La Paz, Baja California Sur.

Abro la cortina con suavidad y el sol me deslumbra. Allí, frente a mí, en todo su esplendor, está el mar intensamente azul que veo por segunda vez. A los doce años estuve aquí, con mis padres, otro verano maravilloso donde aprendí a pescar y a comer lo pescado, cuando leí *El viejo y el mar* y lloré ante el esqueleto del enorme pez que, aunque hubiera ganado, había perdido la batalla.

Contengo la respiración y dejo que el paisaje me llene los ojos; un involuntario suspiro sale de mi boca. Un suspiro de asombro y de sorpresa.

Estoy inmóvil, pero al poco rato abro la ventana y el calor entra como un animal enfurecido arrasando con todo. Sonrío. «Así es la vida en los jodidos trópicos», pienso, y de mi boca sale ese susurro convertido en palabras. La cita original es «*Such is life in the fucking tropics*», que no sé quién la dijo, ni cuándo, pero prefiero mil veces en español, mi idioma.

Poco ruido en el malecón que está allí abajo, a mis pies. Pasan un par de autos, una pareja tomada de la mano; ella con una falda de vuelos color turquesa y él con guayabera blanca, un vendedor de diarios. Y luego, más allá, el horizonte. Un barco muy lejos, un barco grande; puede ser un petrolero. No hay arena donde debería estar la playa. El agua se

mueve rítmica y suavemente y lame el hormigón del malecón que de inmediato se convierte en calle.

Es un sueño, algo que, sin duda, soñaría con gusto. Un poco de brisa caliente se me enreda en el pelo. Tengo dieciséis años y un largo verano por delante.

Veo por un solo instante algo en el mar a media bahía, parece un chorro de agua o espuma lanzada al aire.

Fijo la vista. El resplandor del sol pega de lleno sobre el mar, creando reflejos y aparente movimiento. Eso, lo que algunos llaman un espejismo, como los que contó alguna vez Lawrence de Arabia.

Momentos después lo vuelvo a ver. Entrecierro los ojos para intentar enfocar. Ya uso lentes, pero están en la mesita de noche, no me los pongo para no perder un instante de lo que observo.

Momentos después, un poco más lejos, a la derecha, veo que del agua sobresale una masa gris de grandes proporciones.

—¡Una ballena! —grito dentro de mi cabeza. Miro alrededor para ver si hay alguien con quien compartir el portento, pero estoy solo. Bueno, están la ballena y el barco allá, que sigue avanzando como si nada, inmutable ante el milagro.

Vengo de una ciudad inmensa y sin ballenas. Las piernas se me doblan de la emoción, me apoyo en el alféizar de la ventana mientras respiro agitadamente.

Vuelve a saltar. Corro por los lentes y me los pongo de prisa.

Recuerdo *Moby Dick* y la emoción de los vigías que gritan desaforados y señalan a un punto lejano.

—«Llamadme Ismael» —digo, y sonrío con la broma que nadie escucha, la primera línea del texto de Melville.